

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



**La bestia
del mar**

POR
George O'Brien
y
Nora Lane
—
50 cts.

LA BESTIA DEL MAR

BIBLIOTECA

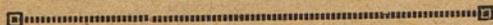
Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551



La bestia del mar

Interesante asunto, interpretado por
**George O'Brien, Nora Lane y Farrell
Mac Donald**



Es una producción **FOX**

Distribuida por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

La bestia del mar

Argumento de la película

I

Por los mares del Sur, procedente de San Francisco, viaja la balandra "Barges".

Es un viaje de recreo, una excursión marítima. Para este fin se ha creado el yate. Por eso nadie que vea la balandra "Barges" supondrá que dentro van dos jóvenes sin más fin que el de divertirse durante las vacaciones.

Los tripulantes y dueños de la balandra, no tienen fortuna para poseer un lujoso yate. Lo más que han podido hacer es adquirir una balandra a unos pescadores.

También en tierra sucede que unos pueden poseer un magnífico automóvil y a otros no les alcanza más que para una bicicleta.

Los tripulantes de la balandra son dos jóvenes que pertenecen a una familia acomodada y que, sin embargo, aparentan pertenecer a la clase más humilde de la sociedad.

Van vestidos como simples pescadores y el mayor de ellos, con su cara sin afeitar, es el que menos deja entrever que allá en California tiene una casa y una familia a las que no falta nada, ni siquiera el automóvil de paseo.

Son hermanos los tripulantes de la balandra.

El menor de ellos se llama Tahd y el mayor Bran.

Tahd cursa ahora el primer año en una Universidad californiana. Esto bastará para que el lector deduzca los pocos años que tiene.

Bran ha terminado ya su carrera y comenzará a ejercer cuando vuelva a California.

Bran es el ídolo de su hermano menor.

Bran es un verdadero atleta. Cualquier movimiento hacer surgir de su espalda o de su pecho un músculo poderoso. Sus brazos son formidables. Todo él parece de acero, pero de un acero elástico como el caucho.

Quien crea que Bran, por este motivo, es un hombre deformado, como esos atletas que generalmente se exhiben en los circos, está en un error.

Bran está formado con la perfección de una estatua. La armonía de sus músculos es admirable. Posee una juvenil arrogancia que a buen seguro ha hecho soñar a más de una mujer, allá, en el bullicio de la urbe californiana.

El hermano, Tahd, es un jovencito sin pelo de barba todavía. Sus músculos comienzan ahora a desarrollarse, pero prometen competir dignamente con los de su hermano mayor.

Los hermanos se profesan un exagerado cariño. Bran quiere a Tahd, no sólo como a un hermano, sino como a un hijo, y éste —ya lo hemos dicho— ama a Bran no sólo

como a un hermano sino como al héroe de los héroes, al ídolo de los ídolos.

Estos son los dos tripulantes que van en una balandra con rumbo al Sur.

II

Llevaban consigo una mascota que era algo más que mascota: un perro hermoso y muy inteligente que se hubiera jugado la vida por sus dueños.

La mañana había aparecido despejada y alegre. Aves de largas alas y vuelo magnífico cruzaban el azul. En el horizonte se columbraba la Isla del Manzano.

—Tierra—exclamó Tahd.

—Sí—dijo Bran—. Es la pequeña Isla del Manzano. Sólo tiene un pueblecito y su población está formada enteramente por pescadores y navegantes.

—Debemos visitarla, Bran.

—No tenemos más remedio porque nuestras provisiones escasean.

—¡Entonces, rumbo a la isla!

Y Tahd se apoderó del timón.

Soplaba buen viento y en pocos minutos llegaron a una ensenada en cuya desembocadura se detuvieron para desayunar.

Era muy temprano aún. ¿Qué iban a hacer a aquellas horas en la isla?

Después procedieron a lavarse la ropa. Por tal motivo Bran quedó completamente desnudo de cintura arriba dejando ver bien claramente la potencia de sus músculos y la arrogancia de su tórax de bronce.

El perro participaba también de la alegría de la mañana yendo de uno a otro con saltos y ladridos.

De pronto reparó Bran en algo que le llamó poderosamente la atención.

A un lado de la ensenada, entre las rocas gigantescas de la costa, había una sirena.

Iba en bañador, un breve maillot que le llegaba poco más abajo de la cintura, ciñendo la maravilla de la mitad superior de su cuerpo y dejando al descubierto la mitad inferior: dos gráciles y perfectas columnas de alabastro.

Le caía el pelo en bucles sobre la nuca. Estaba sentada en lo alto de una alta roca con las manos cruzadas delante de las rodillas y contemplando el mar.

—¡Una sirena!—exclamó Bran.

E inmediatamente fué en busca de los prismáticos.

Contemplándola con ellos estaba, cuando Tahd, que miraba protegiéndose la vista del sol con la mano, reclamó los prismáticos.

—Ahora me toca a mí.

—No, Tahd. A ti no te toca nunca. Eres demasiado joven todavía para andar con sirenas.

—¡Hombre, tiene gracia! ¿Acaso las sirenas son para los viejos como tú?

—¡Calla, mocoso, que no me dejas ver!

Tahd hubo de conformarse a contemplarla a simple vista.

—No sé por qué me parece que debe de tener los ojos azules.

—¡Qué tontería! Con semejantes formas ha de tener los ojos oscuros.

Tahd le miró despreciativamente.

—Te las das de hombre y no sabes una jota de la cuestión femenina.

—¡Tú sí que no entiendes!

—Lo que voy a hacer es enamorarla en un segundo.

—Como te vea haciéndole el amor se arroja al mar y no vuelve a salir a la superficie en toda su vida.

—¡Ahora verás!

Tahd se acercó a la borda y comenzó a hacerle señas hasta conseguir llamar su atención.

Entonces dió dos saltos mortales seguidos, anduvo con las manos y saludó como los artistas de circo.

La muchacha no pudo menos de reír.

—¡Ahí lo tienes! — exclamó Tahd con orgullo—. Ya está que se derrite por mis huesos.

—Tú lo has dicho: por tus huesos, porque es lo único que en tu cuerpo se ve. En cambio yo... ¡ahora verás!

Y Bran se subió en la borda y comenzó a hacer flexiones con los brazos. Todos sus músculos funcionaron evidenciando la for-

taleza de aquel cuerpo hercúleo y arrogante.

Después, tomando carrerita y haciendo saltitos, saludó como las Amazonas funambulescas.

Aun rió más a gusto la muchacha.

—¡Toma del frasco!— exclamó altivamente Bran.

Fueron a realizar un nuevo ejercicio combinados, pero la joven se puso en pie sobre la alta roca en que se hallaba y se arrojó al mar en un magnífico salto.

—Esa sabe más que nosotros, Bran — dijo Tahd lleno de asombro.

—Es verdad. Nos ha puesto en ridículo.

—Ya decía yo que tenía los ojos azules.

—¿Qué tiene que ver el color de los ojos con los saltos?

—¿Y qué tiene que ver la armonía de formas con el color de los ojos?

—No seas necio, Tahd. Esa mujer tiene los ojos oscuros.

—¡Los tiene azules!

—¡¡Los tiene oscuros!!

Tahd se tiró desesperadamente de los cabellos.

—¡Maldita sea la estampa del congrio! Me apuesto un dólar a que tiene los ojos azules.

—¡Hecho!

Se estrecharon la mano vigorosamente. De pronto Bran exclamó:

—Voy a afeitarme. Quiero estar en condiciones para dejarte con cuatro palmos de narices.

Y desapareció por la escotilla.

Tahd se pasó la mano por el rostro. Sólo en el mentón encontró media docena de pelillos dispersos, pero ello fué suficiente para que se decidiera a seguir a su hermano.

—¡También yo voy a afeitarme, Bran! —gritó desde la escotilla—. ¡De modo que no te hagas ilusiones!

Al ver que sus dos amos desaparecían en las entrañas del barco, el perro se fué tras ellos.

¿Iría también a afeitarse?

III

Sentado en la baranda del muelle, con la caña en la mano, terciado el viejo hongo y cantando una cancioncilla monótona, el tío Espigón esperaba a que picaran los peces.

*Duerme, niño chiquito,
que viene el coco
y se lleva a los niños
que duermen poco.*

El anzuelo quedaba junto a una barcaza en la que penetró Larson. Larson, más que lobo, era una bestia de mar.

La cancioncilla del tío Espigón debió desagradar a Larson, porque, mirando al pescador fijamente, le dijo:

—Si no dejas de cantar, el que va a dormir serás tú.

En este momento la balandra de Bran, con el motor a toda marcha, penetró en la ensenada.

Iba a atracar junto a la barcaza de Larson. Bran había medido mal la distancia y, sin que pudiera evitarlo, la ligera embarcación se precipitó contra la barcaza.

Larson rodó por el fondo de ella a impulsos del encontronazo.

El tío Espigón hubo de hacer grandes esfuerzos para contener la risa, en tanto Tahd saltaba a la barcaza para auxiliar al caído.

Larson estaba enfurecido, y en vez de aceptar las explicaciones del muchacho, comenzó a insultarle con tan tremendos gritos, que no se oían los cantos del tío Espigón:

—Póngase usted en razón, señor, ha sido sin querer. Y no grite usted tanto, que me va usted a dejar sordo.

Por toda respuesta, Larson colocó la mano sobre el rostro del muchacho, de modo que el dedo índice caía sobre la nariz.

Tahd, con su agilidad de acróbata, dió un salto mortal hacia atrás y sacó la lengua al enfurecido Larson.

Este, cada vez más furioso, se dispuso a acometer de nuevo a Tahd, pero en este

momento saltó Bran a la barcaza y sujetó por el brazo al energúmeno.

—No se ofusque usted, cara de pocos amigos. ¿A qué vienen esos rugidos ensordecedores?

El tío Espigón, que había visto la facilidad con que Bran sujetaba a Larson y que continuaba viendo su formidable musculatura, se sintió valiente, y, como por descuido, tiró de la caña de modo que el anzuelo quedó enganchado en la trasera del pantalón de Larson.

Este dió un brinco y se llevó la mano atrás, y si furioso le puso el pinchazo, más se indignó al oír que el tío Espigón cantaba:

*Duerme, niño chiquito,
que viene el coco
y se lleva a los niños
que duermen poco.*

Tahd aprovechó el momento oportuno para saltar a la balandra y poner en marcha el motor, alejándose del lugar del suceso.

Bran saltó a tierra.

—Buenos días, amigo — dijo al tío Espigón —. ¿Me haría usted el favor de decirme si hay una tienda por aquí?

El pescador de caña estaba en aquel momento ocupado en una tarea desesperante: le picaba una parte de la espalda a donde no llegaban sus manos.

Por eso repuso:

—Si usted me rasca la espalda, le prometo que le conduciré a la tienda.

Bran no vaciló en servir al tío Espigón. Empleando ambas manos, le rascó de un modo artístico y eficaz.

El tío Espigón, contento y agradecido, se dispuso a acompañar a Bran a la tienda, y éste, antes de marchar, dijo a gritos a Tahd, el cual le decía adiós desde la balandra:

—A ver si cometes alguna diablura durante mi ausencia. Mucha prudencia o pasarás encerrado el resto del viaje.

—¡Lo que voy a hacer—repuso Tahd— es aprovechar la oportunidad para acabar de volver loca a la sirena de ojos azules!

* * *

—¿Quién es esa muchacha que se bañaba en medio del mar, luciendo sus habilidades de nadadora? — preguntó Bran durante el camino.



...le rascó de un modo artístico.

—Sin duda — repuso el tío Espigón — se refiere a usted a Emilia, a la hija del capitán Godell. Tiene la goleta al otro lado de la ensenada. ¿No la ha visto usted? Lar-

son, el marinero con quien acaba usted de disputar, pertenece a la tripulación. Los Godell viven en la isla y son un poco misteriosos. Tienen un criado malayo que detesta a los forasteros y odia a los guardacostas.

Y en el resto del camino el tío Espigón continuó dando explicaciones sobre la isla a Bran, y entre ambos fué estableciéndose una corriente de viva simpatía.

IV

Llegó Larson a la goleta de Godell. Allí estaba Woki, el criado malayo.

Después de mirar a un lado y a otro celosamente, Larson le dijo en voz baja:

—Es preciso que ocultes bien a los chinos. Parece ser que los guardacostas sospechan que ocultamos este contrabando. Todo es cuestión de medio día. Esta noche los desembarcaremos sin que nadie se entere.

El capitán Godell entró inopinadamente

en la goleta y Larson se apresuró a salir de ella.

—Ya te he dicho, Woki, que Larson está despedido y que no quiero verlo en mi barco. ¿Qué manejos os traéis?

—Ninguno, capitán Larson. Ha venido a traerme pintura. Ya sabe usted la falta que nos hacía.

—Bien, bien. Date prisa en pintar el barco, pues hemos de partir la semana que viene.

En esto se oyó un grito de llamada.

—¡Papá!

El capitán se asomó a la borda. Su hija Emilia le echaba besos con la mano.

—Siempre en el agua. Pareces un pez.

—Tírate y haremos un concurso de natación.

El capitán desapareció de la borda riendo.

—Ya sabes lo que te he dicho, Woki. No quiero que Larson vuelva a poner los pies en la goleta.

Y salió de ella camino de su casa.

* * *

Entretanto Tahd había vuelto a ver a la sirena, que, como el tío Espigón había supuesto, no era otra que Emilia, la hija del capitán Godell.

Comenzó a llamarla a gritos, y ella, amablemente, comenzó a dar vueltas a la balandra.

—Suba usted. Le enseñaré mi barco. En su vida ha visto usted un *paquebote* como este. Nada más que cincuenta mil toneladas.

La muchacha, después de bucear y hacer otras gracias que Tahd aplaudió sinceramente, subió con agilidad a la balandra y se sentó en la borda.

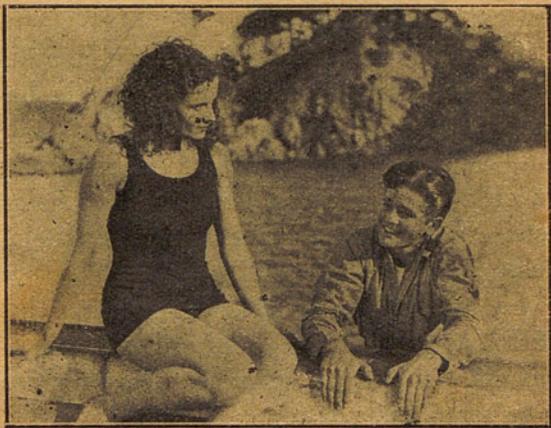
Tahd se puso tan contento al ver de cerca a la sirena que hizo una pirueta y quedó colgado de la borda.

—En la vida ha tenido nuestro barco un visitante de tanta importancia como usted. Ahora mismo la voy a enseñar los trescientos camarotes que tenemos.

Pero la muchacha repuso con alegre sonrisa.

—No puedo entretenerme. Llevo más de dos horas en el agua. Adiós.

Y se puso en pie sobre la borda, se lanzó al agua en uno de sus bellos saltos, y se alejó nadando en dirección a la goleta.



...subió a la balandra y se sentó en la borda.

* * *

Cuando llegó, estaban otra vez Woki y Larson en conciliábulo.

Se escondieron al ver que la muchacha saltaba por la borda. No convenía que les viera juntos, después de la prohibición del

capitán. Podía decírselo y ello era un peligro para los dos.

La muchacha, que creía encontrar en el barco a su padre, porque momentos antes le había visto allí, comenzó a llamarlo a voces:

—¡Papá, papá!

Y recorrió toda la cubierta sin dejar de llamarle.

Larson y Woki la seguían sigilosamente.

Bajó al pañol y ellos bajaron también, procurando que la joven no les viera.

—¡Papá, papá!

Y nadie contestaba.

Siguió bajando. Todas las puertas que encontraba al paso las abría.

Ya iba a volver a subir, cuando advirtió que se había dejado una puerta por abrir.

Volvió atrás y la abrió, quedando tan estupefacta como los chinos que estaban dentro. Pues era aquel el lugar donde Woki y Larson tenían oculto el contrabando humano.

También los contrabandistas que desde lo alto de la escalera vigilaban todos los

movimientos de la joven, sintieron el natural desagrado.

—¡Los ha visto!

—¡Los ha visto!

Los dos se miraron sin saber qué determinación tomar.

Pero en eso vieron que la joven, asustada por la inesperada presencia de los chinos, volvía hacia la escalera y retrocedieron para ocultarse.

Emilia, sin detenerse, salió corriendo de la goleta y se dirigió a su casa.

—Hay que hacer algo—dijo Larson—. Esa muchacha nos va a delatar.

—Cuida tú de los chinos, en tanto yo cruzo dos palabras con la muchacha.

Y Woki salió en persecución de Emilia.

La alcanzó a la puerta de su casa. Le cortó el paso y le dijo:

—No diga usted nada de los chinos, señorita.

—Diré lo que me parezca.

—Lo hago por su bien, señorita. Larson nos tiene a todos en un puño. Sabe cosas que perjudicarían a su padre.

—Haré que mi padre denuncie inmediatamente a Larson.

—Perdería usted a su papá, créame. Larson tiene muy mal genio.



—Haré que mi padre denuncie inmediatamente a Larson.

Al advertir la insistencia con que Woki hablaba y además el tono sincero y lastimo-

so de criado fiel que sus palabras tenían, Emilia quedó perpleja.

¿Sería verdaderamente un peligro para su padre la ferocidad de Larson? ¿Llevaría éste a cabo una terrible venganza? Aquel Larson — bien lo sabía ella — era capaz de todo. No había hombre más vil y desalmado en toda la isla.

Tuvo miedo y respondió:

—No diré nada a mi padre si Larson saca en seguida a los chinos del barco y se aleja de nosotros para siempre.

Y volvió la espalda a Woki para no seguir hablando de aquel enojoso asunto.

* * *

Entretanto, Tahd había llegado con su bote a la goleta, en busca de la sirena fugitiva.

Subió a bordo ágilmente y comenzó a buscarla por todo el barco, dando alegres gritos de llamada.

—¡Sirena, sirena!

Pero a quien encontró fué a Larson, al hombre de mal genio con quien había discutido al atracar la balandra.

Larson le miraba sonriente.

—¡Hola, amiguito!

—¡Hola, señor!

Y estrechó la mano que Larson le tendía, inocente de lo que le iba a suceder.

—¿Ha visto usted una sirena de carne blanca que ha subido a este barco?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Ahora te lo diré, querido amigo.

Y seguía estrechándole la mano con una sonrisa, cuya amenaza no pudo Tahd percibir.

—Detrás del muchacho estaba el abierto pañol. Un ligero empujón bastó a Larson para que el muchacho cayera sobre el boquete.

Intentó Tahd asirse a las bordas, pero Larson lo impidió con el pie. Cuando, a pisotones le hubo debilitado las manos, le aplicó el pie en el vientre y Tahd rodó por la escalerilla al fondo de la bodega.

Su cuerpo rebotó como una pelota al llegar al fondo, después de haber promovido un estrépito en la escalerilla.

Larson se deslizó por la escalera y ayudó

a Tahd a ponerse en pie, pues lo intentaba en vano, tan aturdido y debilitado estaba por el golpe.

Con un espantoso gesto de amenaza le dijo:

—¿A qué has venido aquí? A espiarnos, ¿verdad? Pues te ha salido mal la cuenta. Si pensabas ganar un premio con la clemencia, te has lucido. Ya sabía yo que tu hermanito y tú no veníais a la isla para nada bueno.

Y, al mismo tiempo que hablaba, le zandeardeaba y le golpeaba sin cesar.

—Di, perro espía, ¿estás satisfecho?

Y le descargó un puñetazo en la boca que hizo a Tahd rodar por el suelo.

Tahd, sin reponerse completamente del tremendo golpe y sangrando por boca y nariz, se levantó y trató de defenderse.

Pero no logró sino servir de puchingball al enfurecido Larson, el cual le llevaba más de dos palmos de estatura.

Entre las garras del monstruo Tahd se debatía inútilmente.

—Ya te ajustará las cuentas Bran. Ya te

ajustará las cuentas Bran — repetía el indefenso muchacho.

Larson rió ruidosamente.

—Si Bran es ese hermanito que te acompañaba en la balandra, te aseguro que me gustaría encontrarme con él. Vendría a hacerte compañía, primero al fondo de la goleta, después al fondo del mar.

De pronto se oyeron pasos en la escalera.

Larson se volvió.

Era Woki.

—Ya está arreglado lo de la muchacha —dijo el malayo.

—Ahora hay que arreglar lo del chico —repuso Larson.

—¿Quién es ése?

—Un espía. El benjamín de la balandra que llegó esta mañana a la isla. ¿No te dije que los forasteritos me gustaban muy poco?

El malayo mostró los dientes en un gesto espantoso de amenaza. Miraba a Tahd fijamente.

—Déjalo de mi cuenta. Yo le daré los datos que busca.

Sin apartar de Tahd la vista, sacó su navaja de pescador y empuñándola tan fuertemente que la callosa mano le dolía, se fué hacia Tahd paso a paso, y la hundió una y otra vez en su cuerpo.

V

Era media tarde cuando Bran y el tío Espigón regresaron de la tienda.

Les extrañó no ver la balandra en la ensenada.

Preguntaron a unos y a otros y les dijeron que nada sabían. Cada cual se había ocupado de defender a su embarcación de la furia del mar. Habían tenido temporal y aun seguía. Esto era todo lo que dos lobos de mar podían decirle.

En efecto, el mar se había enfurecido. Aunque la superficie no estaba muy agitada, las corrientes submarinas convertían a los barcos de más tonelaje en frágiles cáscaras de nuez.

—Voy a buscar a Tahd, tío Espigón.

—Y yo contigo.

—¿Dónde podremos encontrar una canoa?

—Ven conmigo y tendremos canoa en seguida.

Así fué. El tío Espigón encontró en seguida una barca de motor, cuyo dueño estaba dispuesto a alquilarla, con tal de que se hicieran responsables de los daños que pudiera causarle el temporal.

El mar era pequeño para Bran. El tío Espigón conducía y él iba delante, en la proa, escudriñando el mar ansiosamente.

Nada. Ni Tahd ni la balandra se veían por ninguna parte.

Todo el resto de la tarde estuvieron buscando inútilmente. Llegó la noche y continuó la anhelante busca. La canoa era juguete del temporal. Saltaba y oscilaba como una pajueta a impulso de las encontradas corrientes. El tío Espigón y Bran estaban empapados a causa de las salpicaduras. Pero ni siquiera reparaban en ello. Lo único que les importaba era encontrar a la balandra.

Y salió el sol y continuaban buscando inútilmente.

* * *

De pronto, dió Bran un grito:

—¡La balandra!

—¡Es verdad! — convino el tío Espigón.

Estaba empotrada contra las rocas. La arboladura aparecía desgarrada y caída.

—La balandra está perdida — dijo Bran—; pero lo que interesa es dar con mi hermano. ¡Adelante, tío Espigón!

Pero no pudo avanzar mucho el buen viejo.

Era peligroso acercarse a las rocas.

—De aquí no podemos pasar, muchacho. Es mejor que continúes el camino a nado.

Inmediatamente ganó Bran de un salto la borda y se arrojó al agua.

No empleó más de un minuto en llegar a la balandra.

Salió a tierra y trepó a la cubierta por la proa.

—¡Tahd! ¡Tahd!

Pero Tahd no respondió.

Lo que sí oyó Bran fué un ladrido del perro, de la fiel mascota.

Corrió hacia la popa, que era donde el can se hallaba y vió que al lado del animal había un cuerpo exánime.

Estaba tendido boca abajo.

Era Tahd.

VI

En vano le llamó y le golpeó el rostro. Tahd no respondía.

Le aplicó el oído al corazón y vió que estaba vivo. Esto le dió fuerzas para coger a su hermano en brazos y saltar a tierra con la carga.

El perro le siguió lanzando lastimeros gruñidos.

El tío Espigón se había puesto en pie al ver que Bran bajaba de la balandra con un cuerpo humano a cuestas.

—¿Hay algún médico en la isla?—gritó Bran.

—¡A dos millas hacia el sur! — repuso el tío Espigón —. ¡Una casita roja!

Y Bran echó a andar hacia el sur con la querida carga a cuestas, y siempre seguido del fiel can.

* * *

Al principio todo fué muy bien. Los músculos de acero de Bran respondían perfectamente a sus deseos.

Pero, poco a poco, la marcha por la abrupta costa y soportando un peso de setenta kilos fué haciéndose penosa.

Los últimos quinientos metros fueron una verdadera agonía. Varias veces rodó Bran por el suelo y con él el exánime Tahd.

—¡Ya falta poco, Tahd! ¡Ya falta poco!

Con estas palabras, no trataba de animar a su hermano, sino de animarse a sí mismo.

Por última vez levantó el cuerpo de Tahd y, en una desesperada carrera, llegó a la casita roja.

* * *

El tío Espigón volvió en seguida a la ensenada y se dirigió a casa del médico.

Era ya media tarde cuando llegó.

Entró en la habitación del herido.

Estaba éste en una cama, con los ojos cerrados y murmurando palabras ininteligibles. A un lado estaba Bran con el rostro oculto entre las manos. Al otro el doctor.



—¡Ya falta poco, Tahd!

Al ver al recién llegado, Bran se levantó.

—Tres puñaladas, tío Espigón — dijo con trágica brevedad.

—¿Quién ha sido?

—¡Oh, si yo lograra saberlo!

—¿No puede hablar?

—Delira.

El tío Espigón se acercó al lecho.

—¡Ojos azules!... ¡Ojos azules!... ¡Ya os arreglaré Bran! ¡Bran os ajustará las cuentas!

—¿Ve usted? — dijo Bran —. Eso es lo único que dice.

El médico volvió a tomarle el pulso.

—¿Nada todavía, doctor? — demandó Bran con voz imploradora.

—Lo único que puedo decirle, amigo mío, es que dentro de veinticuatro horas se iniciará la crisis que puede ser favorable o fatal.

—¿Y hasta entonces?

—Nada podemos saber.

—¡Qué horror! Un día entero de espera. Después, en una súbita resolución, dijo:

—Acompáñeme, tío Espigón. Vamos a ver si averiguamos algo. Las palabras delirantes de Tahd nos dan una pista. Así entretendré mi paciencia.

Y dejando a Tahd al cuidado del doctor, salieron de la casita roja.

* * *

Guiado por el tío Espigón, llegó Bran a casa del capitán Goodell.

Era una especie de *villa* o de *bungalow*. Una galería rodeaba todo el pequeño edificio, el cual se levantaba en medio de un jardín bien cuidado.

—Esta es la casa del capitán Godell — dijo el tío Espigón.

—Entonces entremos—repuso Bran empujando la puertecilla de madera de la valla.

Entraron. Bran iba delante y mientras él subía la ancha escalera de la galería, el tío Espigón se quedó bajo, cerca de la escalera.

En el último salón estaba Woki, pintando el parquet.

Cuando el malayo levantó la cabeza y vió que ante él estaba Bran, sospechó en seguida de quién se trataba aunque no le conocía.

La descripción que Larson le había he-

cho del hermano de su víctima coincidía en todo con aquel robusto joven.

Le miró de reojo.

Bran le contemplaba fijamente.

—¿Qué desea usted? — preguntó el malayo sin mirarle.

—¿Está la señorita Godell?

—No, señor.

De pronto notó que el forastero se acercaba a él.

Levantó la cabeza. Le miró y vió que fijaba en él la vista de un modo extraño y que después miraba hacia la puerta de la casa.

Hacia allí miró también el malayo y vió la figura de Emilia Godell en el umbral.

—¿De modo que no está la señorita Godell? — preguntó el forastero burlonamente.

El malayo, en vez de contestar, se fué hacia su señorita y la advirtió:

—Mucho ojo con lo que se habla. Me parece que ese hombre pertenece al servicio de guardacostas.

Se lo dijo en voz baja. Después se fué a pintar otro lado de la galería.

Bran se acercó a la joven.

—Buenas tardes, señorita. ¿Quién es ese gorila de brocha gorda?

Emilia, que recordaba al tripulante de la balandra, sonreía complacida de poder trabar amistad con él.

—Es nuestro criado Woki. Si ha cometido alguna descortesía, no le haga usted caso.. El pobrecito no da más de sí y detesta a los forasteros.

Extrañaba a Emilia la fijeza, la fría austeridad, casi la hostilidad con que el joven la miraba.

—¿A qué ha venido usted? ¿Para qué me buscaba? ¿Qué desea usted de mí?

—¿Me recuerda usted, señorita?

—Me parece que usted es uno de los tripulantes de la balandra.

—Exactamente. El otro es mi hermano Tahd.

—Perfectamente. Pero no comprendo...

Realmente era imposible comprender la dureza con que aquel hombre la miraba.

¿Por qué la miraba así el tripulante de la balandra? ¿Con qué derecho la miraba así?

—Señorita Godell — dijo Bran con mar-

cada lentitud —, ayer mi hermano Tahd quedó solo en la balandra y ha desaparecido.



...mi hermano Tahd quedó solo en la balandra y ha desaparecido.

Ahora comprendió Emilia aquella expresión de la mirada del forastero. Era una expresión acusadora. El tripulante de la balandra sospechaba de ella.

De haber sido otra persona la que le dirigiera la acusación, Emilia le hubiera replicado con la dureza del que ha recibido un insulto. Pero, además de indignación, y acaso con más intensidad, sintió la pena de ver a aquel hombre tan fuerte dominado por el profundo dolor que la desaparición de su hermano le producía.

Inmediatamente se mostró interesada por su desgracia y hubiera querido poder ayudarle.

—Ayer le vi solo en la balandra. Estuve un momento cerca de él. Me invitó a que subiera a su barco, y lo hice, pero no pasé de la borda, donde estuve solamente unos segundos.

Bran la escuchaba atentamente, anhelantemente.

—¿Y después?...

—Después no volví a verle. Me lancé al agua de nuevo y me fuí nadando a la goleta. Allí...

Se detuvo. No podía contar todo lo que en la goleta sucedió. En la goleta estaba Larson sin deber estar. En la goleta estaba el contrabando de los chinos.

—¿Qué sucedió allí?

—Nada... nada... — vaciló la joven.

—No puede ser. Algo debió usted de hacer al llegar a la goleta.

—Busqué a mi padre, y como no estaba en el barco, me fuí a casa.

—¿Quién había en la goleta?

Otra vez la muchacha quedó muda, con un mutismo forzado, de turbación...

—¡Dígame usted quién estaba en la goleta! — exigió Bran con tono imperativo.

—¿Quién es usted para darme órdenes? — repuso la joven airadamente.

Y cogió una regadera que había junto a la baranda de la galería y, de espaldas a Bran, trató de regar unos tiestos situados a tal altura, que hubo de levantar los brazos.

No pretendía otra cosa que dar a Bran una prueba de desprecio, pero las manos le temblaban y el agua caía fuera del tiesto.

Bran, con mucha parsimonia, le quitó la regadera de las manos y echó agua a la maceta sin que cayera fuera una gota.

—¡Tan fácil como es! — dijo con una irónica sonrisa.

Emilia no le contestó. Seguía dándole la espalda.

—Mi hermano y yo hicimos una apuesta acerca del color de sus ojos.

Se acercó a ella y añadió aproximando sus labios a su oído:

—Y el que perdió fué Tahd.

Le puso las fuertes manos sobre los hombros.

—No sé por qué, me parece que usted puede ayudarme a averiguar lo que le ha pasado a Tahd.

—Me doy perfecta cuenta de su ansiedad — repuso Emilia dispuesta a terminar de una vez con aquel enojoso asunto —, pero no acierto a comprender en qué puedo ayudarle.

—¡Usted me oculta algo! — dijo Bran.

Y Emilia sintió como en sus frágiles hombros las manos de Bran se aferraban como tenazas.

—¡Ea! ¡Basta ya!

Por un lado de la galería apareció Woki.

—¿Llamaba usted, señorita?

Emilia se había separado de Bran, y

Woki quedó junto a él. Los dos se miraron fijamente, retadoramente.

Con un gesto de odio el malayo exclamó:

—Váyase usted de aquí si no quiere que...

Y como al mismo tiempo levantaba la mano, Bran tuvo que defenderse.

Le fué muy fácil. Le bastó cogerle por una muñeca y enclavijar los dedos.

El dolor hizo caer al suelo inmediatamente al criado malayo. El pie de Bran hizo lo que faltaba. Mediante un ligero golpe lo arrojó desde lo alto de la galería.

Cayó sobre un macizo profiriendo insultos y enloquecido por la ira. Como el día anterior empuñó la navaja, pero el tío Espigón, que no había perdido detalle de la escena, se puso inmediatamente a su lado con la amenaza de un descomunal garrote.

Al ruido y a las voces de la rápida contienda el capitán Codell había aparecido en el umbral de la casa.

—¿Qué sucede?

Emilia, que conocía el genio de su padre, acudió inmediatamente a su lado.

—Nada, papá. Ya te explicaré.

Al mismo tiempo el tío Espigón había gritado desde el pie de la escalinata:

—¡Vámonos, Bran! Por ese sistema no vas a conseguir nada.

Y gracias a Emilia y al tío Espigón las cosas no pasaron adelante.

VII

Cuando llegaron a la puerta de la quinta, Bran dijo al tío Espigón:

—Vaya usted al lado de Tahd. Yo me quedaré aquí, pues veo que aquí puede aclararse el asunto de mi hermano. Esa muchacha sabe algo.

Así lo hizo el tío Espigón, y Bran se ocultó en la parte de la valla donde la vegetación era más abundante.

La noche había comenzado a sumir en tinieblas la casita de campo. No se oía un ruido. No se columbraba una luz.

De pronto oyó Bran unos pasos apresurados en la carretera. Desde su escondrijo

vió cómo Larson penetraba en el jardín y se dirigía hacia la casa.

Golpeó los cristales de una ventana y al punto apareció la cabeza del criado malo. Cruzaron algunas palabras, algo importante a juzgar por la mímica expresiva de ambos, pero inmediatamente la atención de Bran se fijó en algo más interesante para él.

La puerta de la casa se había abierto, y en su iluminado marco se destacó la figura inconfundible de la señorita Godell.

Con ligereza de pájaro atravesó Emilia el jardín y salió a la carretera, siguiendo el camino de la ensenada.

No vaciló Bran en seguirla, y como los dos iban a buena marcha, llegaron pronto a donde Bran había previsto que llegarían.

Entró la muchacha en la goleta y Bran, sigilosamente, hizo lo mismo.

Ocultándose en las escotillas, detrás de los palos y de las velas, vió el joven como la señorita Godell recorría palmo a palmo toda la embarcación.

Finalmente se deslizó por la escalerilla de la bodega y Bran advirtió desde la en-

trada, como Emilia se inclinaba y recogía algo del suelo, sobresaltándose al poder ver claramente lo que era.

Sin soltar el objeto, volvió a subir por la escalerilla del pañol. Ocultóse Bran, y como estaba cerca de la salida, pudo ver qué objeto era el que Emilia examinaba con tanto interés.

Era una navaja de ensangrentada hoja.

Se acercó Bran hacia la muchacha silenciosamente y la cogió por los hombros.

Ella dió un grito y se estremeció.

—Ahora no me negará usted que está enterada del asunto de mi hermano.

Y le quitó la navaja y se la guardó en el bolsillo.

—Ahora me va a decir usted todo lo que no ha querido decirme esta tarde. Y como la sostenía por los brazos con sus manos de acero, la muchacha, llena de dolor y de rabia, hizo un movimiento para desasirse y protestó:

—¡Es usted un bárbaro!

—No se impaciente usted. Esto no es nada comparado con lo que voy a hacerle si

se empeña usted en seguir callando. Venga usted conmigo.

Y la condujo a una escotilla por cuya escalera la hizo descender a viva fuerza.

Llegaron a un camarote iluminado tan sólo por el débil resplandor de las luces de otros barcos que penetraban por el redondo cristal de ojo de buey.

—¿No hay luz aquí? — preguntó Bran.

—No lo sé — repuso iracunda la muchacha.

Bran tomó la determinación de averiguarlo por sí mismo y encendió un fósforo.

Colgada en el tabique del camarote vió una lámpara de petróleo y aplicó a ella la cerilla.

Después volvió Bran al lado de la muchacha y le preguntó mirándola fijamente:

—¿Está usted segura de que ayer, cuando subió a la baranda, no pasó de la borda?

La muchacha seguía encerrada en su obstinado silencio.

Entonces, Bran, extrajo del bolsillo un trozo de lona en el que se veía la huella de un pie, y quitando rudamente un zapato a

la muchacha, aplicó la delicada planta a la lona.

—Esta huella es exacta en medida de su pie, señorita, y esto es un trozo de lona de la balandra.

“Mi hermano no ha desaparecido, sépalo usted: lo encontré en la balandra cosido a puñaladas. Primero he obtenido la prueba de la lona. Ahora la encuentro con esta navaja ensangrentada en las manos. ¿Persistirá usted aún en decir que nada sabe?”

Y como Emilia continuara guardando silencio, él, en un movimiento de desesperación la cogió por los hombros y la zarandeó como a un muñeco.

—Hable, hable usted antes de que le arranque la lengua.

Tan tremenda fué la presión de aquellas manos, que Emilia llegó a no poder respirar.

Cuando Bran la soltó se desplomó en un banco de madera que había a sus espaldas y allí estuvo, inmóvil y muda, hasta que se hubo recobrado.

Alzó entonces los ojos hacia Bran y le dijo:

—¿Por qué me maltrata usted? ¿No comprende que si supiera algo de su pobre hermano se lo diría? ¿Tan mala me hace usted? He venido a la goleta para ver si hallaba una pista del desaparecido, porque



—¿Tan mala me hace usted?

me duele su dolor de usted, porque me conmueve su pena. Mi corazón es como el suyo, y comprende estos grandes afectos.

Y sin fuerzas para seguir luchando abatió la cabeza sobre el pecho, ocultó el ros-

tro entre las manos y prorrumpió en sinceros sollozos.

En el generoso corazón de Bran hallaron eco aquellas palabras pronunciadas en un tono de verdad tan indudable, y arrepentido de su rudeza, de su ceguedad, se inclinó sobre la muchacha, le puso una vez más las manos sobre los hombros, pero ahora suavemente, afectuosamente, y le dijo:

—Perdóneme, señorita. Ahora veo bien claro que usted no puede cometer ninguna mala acción. Pero compéndalo. Quiero a mi hermano menor más que a nadie en la vida.

* * *

En el camarote de la goleta continuaban hablando Bran y Emilia, pero ya amistosamente.

El joven tenía en una mano la navaja ensangrentada y en la otra el trozo de lona en que estaba marcada la huella de un pie.

—Esto ha sido lo que me ha hecho errar, Emilia. Ha dado la fatal coincidencia de que se ha encontrado usted la navaja y de que su pie es exactamente igual al que se posó sobre este trozo de lona.

Se apoderó la muchacha del trozo de lona y dijo después de contemplarlo un momento:

—Woki tiene el pie tan pequeño como el de una mujer. Acaso...

No pudo continuar. En este momento se oyeron pasos sobre cubierta y los dos miraron hacia arriba.

Como los pasos avanzaban hacia la escotilla, Bran se guardó la lona en un bolsillo, apagó de un soplo el quinqué y dijo a Emilia en voz baja:

—Pronto. Ocultémonos.

Emilia le condujo al pequeño dormitorio del camarote y desde allí espionaron los movimientos de los recién llegados.

Eran Larson y Woki.

—Si no enciendes una cerilla, no sé cómo vamos a encontrar la ropa.

Larson encendió un fósforo y ya comenzaba Woki a revolver en unos anaqueles del camarote, cuando oyó que su compañero exclamaba:

—¡Qué descuidado eres! ¿No es esta la navaja con que mataste al muchacho?

Y Larson mostraba al malayo el arma

que Bran acababa de dejarse por descuido sobre un mueble del camarote.

Woki se abalanzó sobre la navaja, se la arrebató a Larson de las manos y se la



...y desde allí espionaron los movimientos de los recién llegados.

guardó con un gesto lleno de terror y ansiedad.

Pero era ya demasiado tarde. Bran había oído todo lo que tenía que oír y salió del escondrijo.

—Buenas noches, señores.

Larson y Woki se volvieron llenos de sorpresa y como el malayo se echara la mano al bolsillo en que acababa de guardarse la navaja, Bran se vió precisado a substituir las palabras por obras y dió a Woki un puñetazo en la mandíbula que le hizo rodar de un lado a otro del camarote.

Larson, que también era rápido y fuerte, aprovechó la circunstancia para atacarle por la espalda y le dió un golpe en la cabeza con una figurilla de bronce que campeaba sobre un mueble cerca de su mano.

Bran se desplomó conmocionado y Woki tuvo por esta causa tiempo para reponerse, apoderarse de Emilia y huir con ella en brazos y en compañía de Larson hacia la proa.

—¿Para qué te llevas a la muchacha?

—¡Para que no hable!... Llévala tú que tienes más fuerza que yo.

Y cuando Larson la hubo cogido en brazos, añadió:

—Voy en busca de una canoa. Espérame aquí.

Pero en este momento apareció en la proa Bran, completamente repuesto, y

Woki, que no podía olvidar el reciente puñetazo, dijo que Larson se las entendiera con él.

Fué una contienda feroz y encarnizada.



—Voy en busca de una canoa.

Los golpes del gigantesco Larson parecían dados con una maza de hierro.

Dos o tres veces cayó Bran con una nueva huella de sangre en el rostro, pero dos o tres veces se levantó y se abalanzó sobre el gigante.

Este, cada vez más desmoralizado por la

dureza y el ímpetu del rival, trató de huir después de recibir un buen directo en el estómago. Pero Bran le detuvo por un brazo y le aplicó un formidable golpe en la barbilla que le hizo desplomarse como herido por el rayo.

Woki, que desde un rincón de la goleta seguía la emocionante lucha, comprendió que estaba perdido al carecer del apoyo de Larson y sacó un revólver y apuntó al vencedor.

Pero en este momento sonó un disparo que no fué producido por el arma de Woki y que hizo lanzar a éste un grito de dolor, al mismo tiempo que soltaba el revólver y se sujetaba la mano derecha con la otra.

En seguida apareció en cubierta el tío Espigón con una escopeta en la mano.

—Me parece que mi llegada no ha podido ser más oportuna — dijo alegremente, mientras Bran se dirigía en persecución del malayo, le alcanzaba junto a la borda y le arrojaba al agua de un tremendo puñetazo en la cabeza.

Cuando el tío Espigón vió que Bran ha-

bía concluído su difícil tarea, le llamó para decirle:

—El médico se ha equivocado en unas horas, Bran. La crisis ya se ha iniciado y por cierto favorablemente. Tahd me ha enviado aquí para que presenciara este espectáculo. Estaba seguro de tu victoria y no quería que desperdiciara la ocasión de divertirme un rato.

Henchido de gozo, Bran se despidió de Emilia, prometiendo volver a verla, pero la muchacha le detuvo.

—¿Adónde va usted?

—A ver a mi hermano.

—Yo también quiero ir a verle.

—Lo mejor será que nos vayamos todos — intervino el tío Espigón.

Así lo hicieron.

Cuando llegaron a la casita roja y entraron en la habitación en que reposaba el paciente, Bran vió lleno de alegría que Tahd había mejorado mucho. Se abalanzó sobre el lecho para abrazarle y por encima del hombro de su hermano, vió Tahd a la sirena de ojos azules.

¿De ojos azules?

Tahd la miraba fijamente, y cuando se vió libre del abrazo fraternal, suplicó a la muchacha:

—Acérquese usted.

Emilia lo hizo gustosamente y soportó una larga mirada del herido.



—*Nuestra sirena no tiene los ojos azules.*

Después oyó que el muchacho decía:

—Tú has ganado, Bran. Nuestra sirena no tiene los ojos azules.

Entonces, Emilia preguntó llena de curiosidad:

—¿Pero me quieren ustedes decir qué pasa con mis ojos?

—Mañana — dijo Bran —, si usted quiere que nos veamos, se lo explicaré todo.



...y de los labios de Bran brotaron palabras de amor.

Y al día siguiente, en el jardín de la casita de campo, Bran reveló a Emilia el importante secreto de los ojos.

Y no acabó la cosa aquí. Las palabras se enredaron y de los labios de Bran brotaron demandas de amor, demandas que felizmente hallaron un eco de simpatía en el delicado corazón de la muchacha.

Y así fué cómo Bran, que salió de California en viaje de recreo, volvió con el tesoro de una esposa amada y amante.

FIN

En breve:

La Novela

EVA

**(Publicación semanal
de novelas modernas)**

**Deliciosos asuntos,
por prestigiosos
autores.**



Al gran éxito

en las selectas *Ediciones Especiales* de
La Novela Semanal Cinematográfica
de

Los Cosacos e Icaros,

ha seguido

El Conde de Montecristo

Presentación inmejorable

¡2 tricromías!

Precio: 1 peseta

Esta semana:

La mujer ligera

por GRETA GARBO, JHON GILBERT
y LEWIS STONE

¡SIEMPRE LO MEJOR!

Pronto,

la esperada

colección

**BIBLIOTECA
RODOLFO VALENTINO**

Todos
los asuntos
interpretados
por este inimitable
artista.

Primer número:

“COBRA”

Precio: **50 céntimos**



Lujosa nueva colección de novelas, con postal regalo.

La Novela Americana Cinematográfica 30 cts.

GRAN ÉXITO DE

La Novela Frívola Cinematográfica

Regalo de Artísticas fotografías

Le interesa

30 cts.

La Novela de la Modistilla

Gran éxito de

La Novela Sentimental

Precio: 30 céntimos



EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1



**De interés para todos, espe-
cialmente para los padres**

Ediciones BISTAGNE

ha puesto a la venta una pu-
blicación semanal dedicada a
los niños, pero que los propios
padres leerán con deleite, cuyo
título es:

El Cuento Selecto

Su precio es de 15 céntimos

y todos los asuntos que se pu-
bliquen tendrán un alto valor
educativo.

Inmejorable presentación

¡El mejor cuento del hogar!

¡15 céntimos!